EL ESTVDIANTE

NVM. 7

PRECIO 25 CTS

© Biblioteca Nacional de España

SUMARIO:

Nuestra Universidad..... *Editorial.*

Lugones y el Presidente Leguía..... *Ramón Oliveres.*

Hacia una nueva juventud..... *Haya de la Torre.*

¿Para que sirve la Universidad?..... *Fernando Felipe.*

Una escultura de Fioravanti.....

A Don Miguel de Unamuno en París. Verso..... *José del Río Sainz.*

LIBROS: Tres cuentos judíos.

PARAMO: Los caciques del politiqueo estudiantil.

GAUDEAMUS!

Portada, dibujos y viñetas de JULIO NUÑEZ

PRECIO DE SUSCRIPCION: 3 PTS. TRIMESTRE:

REDACCIÓN: DR. RIBSCO, 58, TRIPDº. (JARDIN).—SALAMANCA

© Biblioteca Nacional de España

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud escolar española.

SALAMANCA. JUNIO 1925 / NÚM. 7.

R 9/231

A/210

NUESTRA UNIVERSIDAD

ESTOS primeros clarinazos estridentes de nuestro periódico han bastado para renovar la trágica conciencia de lo que era ya una triste verdad «harto sabida» y repetida en todos los tonos: la conciencia de que la Universidad española no existe, de que es una sombra mentirosa y vana, una ficción grotesca. Ni una sola voz se ha levantado en defensa pública de esta mentira. Y no hemos de tener el sadismo de seguir sacudiendo a un cadáver. Cumplamos el deber piadoso de darle santa sepultura y alejemos las bandadas de los pajarracos que rondan la presa.

Pero nuestra misión, la que nos ha traido a la vida y nos sostiene en ella con santo ardor, es algo más alta que la de hacer de sepultureros. No somos románticos, enamorados de lo pintoresco, que nos gocemos en revolver los viejos escombros y en poner al sol nuestras miserias seculares, trayéndolas a la vera del camino. Aceptamos esta dura y sangrante visión de la realidad como inevitable punto de partida. No queremos vestirla bajo engañosos trapos, pero tampoco hacer de ella espectáculo recreativo; quédese eso para estetas frívolos y literatos.

Nosotros hemos venido al mundo universitario con un ideal, con el ideal de una Universidad viva y fecunda, que podamos llamar nuestra y de nuestro pueblo; y hemos de luchar sin cejar un punto hasta imponerlo, porque ese ideal es lo mejor y más puro de nuestra juventud, y porque en él vemos la única perdurable solución de todos los males afrentosos que son hoy nuestro vilipendio.

Nuestra labor de crítica depuradora ha sido hasta aquí un gesto dolorido de asco y repulsa. Ha sido eso que ..... llaman «crítica negativa»; ..... toda negación, toda demolición, ... ya en sí labor positiva, para construir no fuese lo primero el limpiar el solar de escombros y de ruinas.

Hora es ya de que ofrezcamos desde aquí, con impulso aventador, el ideal de Universidad por el que ha de batallar hasta su triunfo la masa estudiantil organizada. La visión ideal—no quimérica, sino asequible y ya carne de verdad en muchos pueblos—de una Escuela educadora de la juventud que sea el hogar del espíritu donde se temple la vida nacional de una España digna. De una España que sea una sociedad de hombres y no ..... pobre grey civilmente muerta que ..... traida y llevada por las veleidades de cualquier aventurero, como perro atraillado.

La ausencia de esas Escuelas de juventudes, Escuelas de hombres que son el fermento de un pueblo y su garantía de justicia, de libertad y de inteligencia, frente a los desmanes de arriba o de abajo, es la honda raíz de nuestros males vergonzosos, incurables hoy. Su conquista y su implantación será el término de estas ignominias y el comienzo de nuestra era de país libre y redimido. La Universidad como palanca removedora de esta masa social hoy aletargada bajo la acción de una sistemática anestesia; la Universidad como agitación de espíritus y aprendizaje de emancipación de una nación sometida a tutela: he aquí nuestro ideal positivo.

No es nuestro ideal la Universidad de profesionales, por perfecta que sea; esa Escuela de burocracia y reclutamiento de empleos civiles en que el abogado, el médico, el ingeniero, o lo que es peor, el «sabio», el «sabio» de escalafón, ahoga al hombre y al ciudadano. Queremos una Escuela en cuyas aulas se arraiguen en el pecho de la juventud los valores más altos de la vida de un pueblo y se avive el ardor de virilidad para defenderlos de todo desmán.

Tal es la misión fecunda de esta juventud (juventud de espíritu y de pasión, no de padrón de edad) que se apresta a luchar con energía irreductible y cuyos alientos han dado vida a este periódico. Ella convertirá, y muy pronto, en luminosa verdad lo que hoy es trágica mentira y sombra de muerte. Ella hará de estos asilos de inválidos, establecimientos de beneficencia, de reclusión, a que hoy llaman Universidades, la Universidad suya y la de su España, el hogar ideal de noble magisterio que señalará a nuestro país el horizonte de la redención.

Esta visión ideal que nos anima es la que EL ESTUDIANTE ha de ir plasmando en un programa de aspiraciones articuladas y concretas que sirvan de bandera de combate para el movimiento de nuestra juventud estudiantil organizada.

© Biblioteca Nacional de España

Lugones y el Presidente Leguía.

En Perú como en Varsóvia.

Para el ministro del Perú en España Don Eduardo S. Leguía.

FUE durante el período de 1903 a 1908 cuando apareció en el escenario político del Perú la figura de D. Augusto B. Leguía, hombre audaz, ambicioso y apasionado, que en poquísimos años pasó de las oficinas de una compañía de seguros a ministro de Hacienda y presidente del Consejo. Y cuando llegaron las eleciones para el primer puesto de la República, él, apoyado por los civilistas, derrotó al candidato de los demócratas y liberales, siendo elegido para el período de 1908 a 1912. La política de preferencias y arbitraridades con que inició su gobierno hizo germinar pronto el descontento y vino a interrumpir los únicos trece años pacíficos que el desventurado pueblo peruano—digno de mejor suerte—disfrutaba desde que declaró su independencia en 1821.

A los ocho meses de presidencia, una tarde de mayo de 1909, fue asaltado el palacio de gobierno por grupos armados Leguía, detenido en su despacho y arrastrado—así como suena—hasta la plazuela de la Inquisición, donde ante el edficio del Senado y al pie de la estatua de Bolívar se le intimó que firmara la renuncia. Pero la intervención del Ejército provocó el rescate del maltrecho presidente y su continuación en el Poder. Terminado su mandato en 1912, que transcurrió entre contínuas amenazas e intentos de revolución, el Sr. Leguía se vino a Europa, instalándose en Londres, donde vivió fastuosamente hasta 1919, en que su situación económica, fuertemente sacudida por la pasión del juego y los derroches, le obligó a regresar al Perú, con el fin de apoderarse del Gobierno, fuese como fuese, y rehacer, así, su fortuna a costa del Erario público.

El Sr. Leguía vuelve hoy a ser millonario como en 1913, cuando llegó a Inglaterra, y tiraniza a su patria desde hace seis años. Nada más trágico y doloroso que este período presidencial inacabable, apoyado en las bayonetas sobornadas y en los empréstitos de Norteamérica. Nada más afrentoso para las libertades de América del Sur que este déspota vulgar, enemigo de los periodistas, de los profesores, de los estudiantes y de los obreros, y responsable directo de los crímenes, incendios, saqueos y robos que se sucedieron en el Perú el 10 de septiembre de 1919, presenciados por nosotros en Lima, desde el discurso azuzador del tirano hasta la consumación de los salvajes atentados. Y nada más bochornoso que un escritor como el Sr. Lugones insista en la defensa del fatal político peruano, en uno de los últimos números de «La Nacion» llegados recientemente a Madrid. Desconoce el Sr. Lugones la trágedia del Perú en absoluto, y es casi explicable que ciertas personas que no viven los acontecimientos ambulen por el mundo sin sentir el más leve escalofrío por el dolor ajeno.

«Un día vergonzoso de la historia», «Turbas criminales asaltan, saquean, roban e incendian impunemente imprentas y hogares», fueron los títulos a toda página del número de la «Prensa», de Lima, de 13 de septiembre de 1919, en cuyo artículo de fondo: «Después de los crímenes», se dijo, serena y enérgicamente:« No importa que salgamos a la calle utilizando para ponernos en pie los mismos escombros a que está reducida gran parte de nuestra casa... «Se ha cometido el más indigno atentado contra la libertad del pensamiento que registra la historia. Ni buscándolo en las páginas más oscuras de nuestras tragedias republicanas, se encontrar á un hechoque resuma sn sí tantos y tan inauditos crímenes. Han sido violadas en una sola vez las más sagradas garantias constitucionales. Al Perú le han ultrajado los peruanos»... «Asaltadas las imprentas de los diarios más populares, más representativos, saqueadas sus oficinas, incendiados sus edificios, destrozadas sus propiedades de todo índole, las gentes estarían dispuestas a echar toda la responsabilidad sobre las turbas, si las turbas en el Perú no tuvieran siempre inductores y azuzadores»...

Hay infinidad de personas muy amigas del Sr. Lugones que podrían desengañarle también de sus aficiones leguistas. El entonces ministro argentino en Lima, doctor Antonio Sagarna, protestó personalmente de los crímenes ante el Dr. Augusto Durand, director de«La Prensa; el encargado de Negocios de Colombia, don Manuel Antonio Carvajal, acudió también al diario destrozado para hacer pública su indignación; D. Cipriano Laos Lamer, a quien Leguía acababa de nombrar agregado a la embajada peruana en Washington, renuncio al cargo ante tanta cobardía, y el Dr. Mariano H. Cornejo, personalidad

© Biblioteca Nacional de España

peruana de las más destacadas, hoy ministro del Perú en París, escribió, con fecha 11 de septiembre, la siguiente carta:

«Señor director de «La Prensa». Quiero dejar constancia de mi profunda indignación por los atentados cometidos ayer incendiando las casas en que se editan dos grandes diarios cuya importancia honra al Perú y asaltando domicilios particulares indefensos. Hay que atribuir semejante desborde, no al pueblo sano y trabajador, sino a la gente vil, cuya triste misión es manchar y deshonrar las causas populares. La democracia efectiva sólo es posible cuando un pueblo aprende a disciplinarse a sí mismo, y adquiere esa conciencia moral que condena con igual implacable energía lo mismo los atropellos y el monopolio del Poder que el crimen de las muchedumbres».

Poco tiempo después, recibíamos, ausentes del Perú, una carta de un querido periodista y diputado peruano, cuyo nombre reservamos para evitar la venganza del tirano, en uno de cuyos párrafos dice: «Créame que me afecta profundamente lo que aquí pasa. Se han trasmutado los valores, y la falta de escrúpulo y la ignorancia son ejecutorias para ser hijo predilecto de «la patria nueva». Ante la indiferencia del país, una camarilla de audaces se reparte los puestos y los dineros del Estado. Leguía conoce la inmoralidad de los hombres y la explota en su provecho y adula al Ejército, como medio eficaz de que sus actos dictatoriales queden sin sanción. En fin, las garantías individuales para los que no comulgan con los preceptos de la padoga leguista son lo que el pájaro azul del drama meterliniano para los que anhelan coger la felicidad: una ilusión que se esfuma».

No hace mucho y como comentario a una de las sacudidas internacionales sobre Tacna y Arica con que el tirano Leguía pretende alejar los peligros internos, decía el escritor peruano D. Federico Mora, en su trabajo «La actualidad del problema del Pacífico»: «Si siquiera tuviésemos la seguridad de que Lima odia a Chile, de que lamenta su error de haber provocado la guerra de 1879, de que está dispuesta a repararlo y de que su odio no es sino un superdinamismo de su esfuerzo, tales sentimientos nos merecerían respeto. Pero sabemos que Lima no es otra cosa que una ciudad enferma, un pueblo que no sabe lo que siente o que todo lo siente al revés. Sabemos que Lima miente cuando dice que odia a Chile: sabemos que procede a sabiendas de que engaña al Perú y a la América, porque no tiene el sentido de la responsabilidad, porque no sabe ni conoce la magnitud de lo que comete».

En diciembre de 1920, la Corte Suprema de Justicia del Perú, que venía sufriendo los vejámenes y las violaciones del señor Leguía, protestó finalmente enviando al Congreso un valiente documento, en que se lee: «En el conflicto de la fuerza con la ley, el Poder judicial afirma su independencia y la integridad de sus funciones, ampara la respetabilidad de los magistrados, procura que sean efectivas las garantías individuales, defiende el régimen constitucional y protege los intereses permanentes de la nación, que se hallan vinculados al funcionamiento normal de los Poderes públicos y a la administración imparcial, oportuna y eficaz de la justicia.

La fuerza debe ceder. El orden sólo existe cuando el imperio de la ley es efectivo. Se altera no sólo cuando los gobernados la quebrantan, sino cuando los gobernantes la tropellan. La paz resulta de la obediencia a la ley. La Corte Suprema de Justicia entiende que no puede continuar esta situación».

El doctor Carlos Sánchez Viamonte, una de las más distinguidas figuras del Perú, decía hace mes y medio en «La Nación», de Buenos Aires, hablando del Sr. Leguía: Aunque imposible de probar materialmente, no puede formularse a un Gobierno cargo más grave que el de producir la abyección moral de su pueblo. Frente a él, poco interesa el valor aparente de la moneda con que se paga esa abyección. Sería inútil hablar de las instituciones políticas del Perú Allí la ley consiste en la voluntad personal del Presidente. Las Cámaras legislativas desempeñan una función semejante a la del Senado romano bajo el Imperio. Sus debates constituyen una puja de obsecuencias rivales, un certamen de ditirambos al «super-dinámico Sr. Leguía», y, en lugar de dictar leyes, convierten sus decisiones en rogativas al Poder ejecutivo, a fin de que se digne aceptar tal o cual medida. Como prueba, los «Diarios de Sesiones».

«El Poder judicial no existe como poder: obedece las órdenes del Presidente, y, desde hace mucho tiempo, desoye toda reclamación contra la tiranía, aunque los actos de ésta afecten la propiedad, la libertad, el honor o la vida de los habitantes».

Pongamos por hoy punto final a la biografía de D. Augusto B. Leguía como tirano del Perú; pero esperamos que un nuevo artículo del escritor argentino señor Lugones nos proporcionará la ocasión de completarla definitivamente, poniendo de relieve muchísimas otras pruebas de su vergonzosa actuación como gobernante de un infortunado pueblo.

RAMON OLIVERES

Este número ha sido pasado por la censura.

© Biblioteca Nacional de España

Algo sobre una nueva juventud.

APUNTES DE VIAJE

Nos complacemos en ofrecer a nuestros lectores este hermoso artículo de Haya de la Torre, uno de los nombres más prestigiosos de la nueva generación argentina.

EN el gran estadio de la revolución de Moscú asistimos una tarde del pasado verano a un torneo sensacional de foot-ball: los campeones de Rusia contra los campeones de Noruega. La muchedumbre era inmensa y en la tribuna oficial presidían Tchicherin y el embajador del rey Hacon. Conviene advertir que el gran público saludó con vítores a los jugadores extranjeros y miró con indiferencia al embajador. Tanto él como el comisario de asuntos exteriores, que tiene en Rusia una popularidad de líder, fueron inmediatamente olvidados, porque las incidencias del juego atraían mentes y corazones. Era una de las primeras veces, sino la primera, que la bandera de la revolución rusa luchaba con la de un Estado burgués en el campo deportivo.

Millares de hombres y mujeres llenaban el estadio y siguieron hasta el fin los detalles del reñido combate. Rusia triunfó y las bandas de música entonaron La Internacional, que cantó armoniosamente la multitud, estallando después en esas largas ovaciones que parecen coros también y que no ha de olvidar fácilmenté quien las haya oído de las gargantas sonoras del más musical de los pueblos del mundo.

Viendo aquel espectáculo, un corresponsal francés me decía que era indudable que la revolución rusa está dando al mundo una nueva juventud: coincidíamos. Para quien guarde recuerdo de la brutalidad futbolista de los Estados Unidos o de cualquiera de los pueblos de nuestra América deportivamente «yanquizados», por desgracia, es toda una revelación el juego de la juventud rusa, purificado de la animalidad norteamericana y lleno de armonía, de gracia y de serenidad. Viéndolo, se comprende bien cómo la fuerza no es la violencia, ni el ritmo es la debilidad.

El pueblo ruso, que sigue de pie, a todo aire y todo sol, por horas y horas, las danzas simbólicas de Isidora e Irma Duncan, no toleraría un espectáculo de lucha salvaje con alaridos histéricos de banderías y golpes y botellazos finales. Por eso, el foot-ball no llegó a ser en Rusia un verdadero placer popular y juvenil en tiempos del zar. Fué, como son hoy las películas abracadabrantes que van de California, espectáculo para viejas mentes burguesas. Con la misma indignación con que he oído gritar a estudiantes, hombres y mujeres, contra un film de Blasco Ibáñez, «Sangre y Arena», en que es héroe Rodolfo Valentino, ídolo de señoritas aristocráticas de occidente, gritaría todo el pueblo ruso ante un espectáculo deportivo de tipo yanqui. Exclamaría como aquellos estudiantes indignados: ¡Salvajes! ¡Salvajes! porque como ellos, no entendería que pueda haber emoción en la simple brutalidad. Un partido de foot-ball o un match de box en Yanquilandia es para el pueblo ruso como una corrida de toros en España. Son espectáculos violentos, reflejos de una vida distinta, que necesitan un ambiente propicio.

Para la vida norteamericana, el deporte, tal como en los Estados Unidos, es un desahogo compensador de todo el egoísmo que acumula el *struggle for life*. Puede ser que para el ruso de otros tiempos lo fuera también. Pero la nueva juventud rusa, la generación que surge bajo el sistema social que va creando la revolución, repugna la lucha animal. Y no es que reniegue de la violencia. Justamente no. Del mismo modo que el comunismo combate la violencia innecesaria, las bombas de los anarquistas por ejemplo, así la juventud rusa tiene la noción de la violencia sólo como fuerza inteligente para acabar con la explotación. No rige la violencia la vida del socialismo como la del capitalismo; sirve para acabar con éste. Nada más.

Muchos de los campeones del deporte en Rusia, son veteranos de la guerra de defensa contra los ejércitos blancos que armaron los aliados. Muchos han peleado, casi niños, con aquella fiereza heroica que dió la victoria a un ejérci-

© Biblioteca Nacional de España

to improvisado en el que se confundían hombres, mujeres y adolescentes. Sin embargo, esos soldados implacables de ayer, son los jugadores generosos de hoy, los reveladores de un nuevo espíritu más inteligente y más justo.

En las impresiones que he recogido y ordenado para un libro, me detengo en este punto, que es para mí de lo más interesante y significativo que he podido observar en Rusia: en el nuevo tipo de juventud que ha dado la revolución. Mientras en Occidente se afirma que sólo una cultura elevadísima y por consiguiente difícil de alcanzar—por lo mismo antidemocrática—puede renovar la conciencia del mundo, limándola de mezquindades y egoismos, en Rusia el simple cambio de condiciones económicas, la simple educación del trabajo sin el ideal del peso y del dolar, han creado una moralidad revolucionaria verdaderamente admirable. Entre el obrero adulto, que vivió en Rusia bajo el yugo zarista y el muchacho que ha educado la Revolución, existe ya una diferencia profunda, aunque ambos sean igualmente comunistas. El joven ruso, por ejemplo, no bebe, ni baila, sino especialmente sus danzas sueltas y típicas. El obrero ruso puede ir, y va en muchos casos todavía, a la taberna. No he de olvidar jamás un detalle revelador: íbamos una noche por las calles de Moscú, acompañados por varios estudiantes-obreros, y tropezamos con dos o tres viejos trabajadores que salían de una tienda de vodka. Ninguno de aquellos hombres guardaba bien el equilibrio y tres de mis compañeros dejaron el grupo para ayudarles a atravesar la calle. Al reunirse de nuevo con nosotros, aquellos muchachos expresaban lástima e indignación: «Son las víctimas de esa época maldita», decían. Luego, con su alegría característica, entonaron una canción cuyas palabras son el elogio de «la juventud que no bebe porque es consciente».

Hay un entusiasmo tan profundo, tan vivo, tan inagotable en esta juventud rusa, que no faltan quienes afirman que se trata de una especie de nueva religión. Bertrand Russel, por ejemplo, antirreligioso inconciliable, ha dicho que el comunismo implica un nuevo tipo de religiosidad. Y es curioso que, de otro lado, se ataque tan duramente al bolchevismo por su «falta de fe». No es hora de discutir sobre este punto. Me permito creer que el comunismo no es una nueva secta, pero al mismo tiempo que la religión rusa del pasado, es la religión *menos religiosa* que he conocido. En una conversación reciente he tenido el honor de coincidir en esta apreciación con Romain Rolland. Aquella religión cultural exteriormente, asiática, bajo el pontificado del zar, tiene para el occidental un atractivo teatral y exótico y una indudable belleza en su música ancestral maravillosa, pero en cuanto a valor espectacular, mejor es el teatro típicamente ruso...

Y repito que no intento discutir sobre este punto. Los religiosos y los antirreligiosos pueden mirar desde sus atalayas al comunismo como un ateismo o como un misticismo. Pienso que, a través de todas las luchas y de todas las propagandas, hay una honda realidad humana en la Rusia de hoy y que el primer gran resultado de la revolución es la nueva juventud que está dando al mundo. «Quitando a muchos sistemas pedagógicos norteamericanos su ideal del dolar y sustituyéndolo por el ideal del trabajo, hemos obtenido éxito en alguna escuela», me decía un técnico educacional en Moscú. Sin embargo, hay quien cree que la vida sin el estímulo del capital será una vida laxa, animalizada y huérfana de incitaciones superiores. Lo he oído a un «eminente maestro». Pero ante tal afirmación, uno de esos muchachos rusos que trabaja ocho horas en la fábrica y va a su Facultad obrera y se instruye durante seis, con un entusiasmo y un optimismo inflaqueables, reiría como rien los rusos, con una carcajada llena de ingenua elocuencia.

HAYA DE LA TORRE

Alpes, Suiza.

Saludo al Dr. Vasconcelos.

Está en España el Dr. José Vasconcelos, uno de los hombres más preclaros del espíritu de la América española, guía esforzado de la nueva generación intelectual y creador de la Universidad nueva de Méjico. Nos limitamos por ahora a saludar con efusión y respeto a esta gran figura de la inteligencia, hasta que en el número próximo podamos rendir el debido homenaje a su obra de cultura.

© Biblioteca Nacional de España

¿Para qué sirve la Universidad?

LOS lectores que tengan una memoria privilegiada, quizá recuerden que en el primer número de EL ESTUDIANTE publiqué un artículo preciosísimo, recordando mis tiempos de universitario.

¿Que no sería tan gracioso? Lo dirá usted. Envidia.

El artículo era graciosísimo; me lo han dicho muchos amigos que lo leyeron, y algunos que no lo leyeron. Aparte la manera de tratarlo, que no tenía ninguna gracia, el asunto en sí tiene la gracia por arrobas.

Se coge un pobre muchacho a los quince años, se le mete en la Universidad y se le tiene allí encerrado hasta los veinte. A los veinte años se le abre la puerta y se le dice: «ya tienes la calle libre; manéjatelas como puedas. Si te estrellas... allá tú».

Si el exuniversitario tiene un amigo inteligente y sincero, le dirá: «Lo que has hecho en la Universidad no sirve para nada. Si quieres llegar a ser algo, estudia ahora por tu cuenta».

La cosa es como para desternillarse de... rabia.

Yo salí de la Universidad y fuí a casa a dar la estupenda noticia; planeé la juerga, que obligatoriamente seguía a la licenciatura, y después pasé días y días preguntándome qué haría yo con lo que sabía. Porque yo sabía ¡digo! Recuerdo que un año que me dieron premio en no se qué asignatura, el orador de tanda me llamó el día de la apertura (en el momento de terminar la sinfonía de Campanone), «legítima esperanza de la patria».

Lo puedo decir sin falsa modestia, yo sabía. Sabía que había habido un señor llamado Alarico (de este sujeto ya había oído yo hablar en el Instituto); sabía que el contrato social no tiene fuerza de obligar, porque el documento en que debía haberse hecho constar no existe en ninguna oficina; sabía que el Palio metropolitico se hacía con la lana de los borregos que criaban las monjas de la advocación de Santa Elena; sabía que cuando un juez le escribe a otro, tiene que terminar diciendo: «obligándome a otro tanto siempre que los suyos viere», y sabía que había una parte de los procesos que se tramitaba en «cuerda floja».

¿Cuántos abogados saben todo eso?

Ruego al lector me perdone esta pequeña nota de exhibicionismo, indispensable para plantear el problema universitario en toda su transcendencia. El problema es este: ¿Para qué sirve la Universidad? Tal como están organizadas nuestras Universidades, ¿un hombre honrado debe aconsejar a un muchacho que se prepara a entrar en ellas, que estudie y se tome en serio la carrera o debe aconsejarle que lo eche todo a broma y procure licenciarse sea como sea?

Los días siguientes a la licenciatura, los dediqué yo a resolver este problema de para qué sirve la Universidad.

Antes de llegar a la solución, *que quizá no lleguemos*, digamos cuatro ligeras vaguedades, que siempre es cosa que luce.

El bueno de Juan Pablo Richter habla en no sé que libro suyo del momento en que descubrió que él, Juan Pablo Richter, era Juan Pablo Richter. (Se nota que uno ha estudiado en la Universidad, en lo claro que lo dice todo).

Este momento en que uno se descubre a sí mismo, debe producirse en los que han pasado por la Universidad, necesariamente, el día de la licenciatura, si es que antes no se produjo. Es con el título en la mano como puede uno enfrontotarse con la realidad y preguntarse qué es uno y qué son los demás, y es de este choque de lo que uno es, contra lo que son los demás, de lo que sale clara y perfectamente delineada la propia fotografía, y uno se ve tal cual es.

A todos los estudiantes les llega ese momento de la revelación; bueno, a todos no; hay muchos que se mueren sin saber de sí mismos más que del sultán de Turquía, y que además no lo echan de menos.

¡Oh, el momento de la revelación!

Aquellos días se operó en mí bien claramente. Estaba yo en mi cuarto con una pierna montada sobre otra, el codo apoyado en la pierna y la barba apoyada en la mano. (Véase «el Pensador», de Rodín). Repasaba mi vida universitaria y sentía que la sangre me afluía a la cara, quemándome los ojos cada vez que este apotegma me venía al pensamiento: «el día que te retiren la subvención familiar, desapareces».

Contra Juan Pablo Richter y contra todos los poetas que en el mundo han sido, yo, no era yo. Yo era un parásito que vivía a espensas de otros. Aún me avergüenzo de pensarlo.

Recuerdo aquellos días trágicos que a muchos hacen reir, y recuerdo que el dolor vivísimo que sentía se me calmaba únicamente pensando en lo que hacían mis compañeros de estudio. (Ya hemos dicho que la revelación le revela a uno quién es y quiénes son los otros).

¿Qué hacían? Una cosa terrible, según dicen los moralistas. Los más habían aprovechado el tiempo que yo desperdicié en la Universidad. Mientras yo asistía a clase día por día y preparaba mis lecciones sobre «la cuerda floja», sobre «el Palio metropolitico» y sobre todas esas trascendentales cuestiones, ellos se habían ido al billar y se habían pasado allí horas y horas dando estacazos a las bolas. Maestros en la 31, la 41 y hasta la 91, sacaban todos los días un canchal de dinero que derrochaban alegremente. Del billar pasaron muchos a los prohibidos, y perdiendo una peseta a esta carta, o ganando cinco a este número, se hicieron unas relaciones maravillosas, pudiendo decirse que al terminar la carrera eran amigos de las personas de más «prestigio» de la población. Cierta flexibilidad de espinazo y cierta fortaleza de estómago, que por nada se les sublevaba, les permitieron subir y subir «con la mirada puesta en el ideal» y llegaron muchos a Delegados de Hacienda, y hasta a Gobernadores de provincia.

Sujeto recuerdo de aquéllos, para quien la vida no es más que una cucaña, que empeñado en llegar a las alturas, por las mañanas desempeñaba heroicamente las funciones de fiscal de la Audiencia y por la noche tiraba la mortífera *bolita* en el Casino.

No hace mucho tiempo se enterró en una de

© Biblioteca Nacional de España

nuestras venerandas Iglesias a uno de estos señores *bolilleros* y se puso en el sagrado templo una lápida, en que consta su nombre, para que los eruditos del porvenir encuentren facilidades, si de estudiar el *bolillismo* se ocupan.

Y vamos a terminar. Los cuatro muchachos a quienes les dió por estudiar no han pasado de unos pelanas, para quienes al dia siguiente de firmar la nómina comienzan los 29 días malos que tiene cada mes. En cambio, los otros...

El que no tiró por el camino del juego, tiró por el del matrimonio, el que no por el de la política, y todos prosperaron.

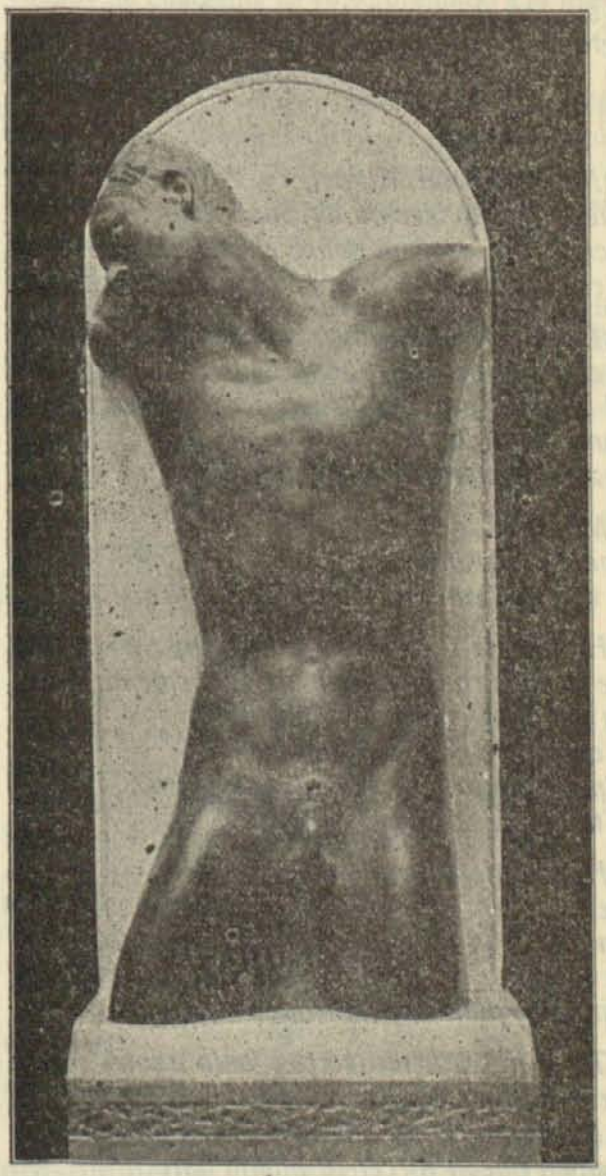
Es decir, sólo los que la Universidad conquistó se fueron a pique. Pensando en la Universidad de entonces; meditando en las reformas tantas veces proyectadas y en el resultado que siempre dieron, no logro pasar de esta pregunta. ¿Para qué sirve la Universidad?

(Como ven ustedes, se podian haber ahorrado la lectura del articulo. Con el titulo bastaba).

FERNANDO FELIPE

Una escultura de Fioravanti.

He aqui una admirable obra de arte. Entre las expuestas en el Palacio de Bibliotecas de Madrid por el exquisito escultor argentino José Fioravanti el pasado mayo, esta es, tal vez, la que con más fuerza nos impresiono. Guiados por el propio artista, vamos comtemplando la poco númerosa pero preciosa selección que, para exponer, ha hecho de su Obra; en ella están representados los diversos momentos de esta El artista con una serena emoción nos los va revelando. Nos hace notar los distintos «puntos de vista» de sus esculturas y comó anhela y consigue, que desde cada uno de ellos la obra se nos ofrezca bella, elocuente. Para él lo más expresivo de una cara es la boca, más que los ojos y que la frente; estos le dicen mucho sin duda— y en muchas de sus esculturas son elocuentisimos—pero nunca tanto como el gesto de la boca; por eso en todas sus obras hay que interrogar, para entenderlas plenamente, a sus labios henchidos de emoción.



Nos sorprenden «Elena», «Mi hermana Maria», el grupo grandioso de «Ariel caido», aquel expléndido busto de mujer en mármol blanco—melancolia, exquisitez suma—a más de algunos retratos extraordinarios. Pero sobretodo nos exalta esta maravillosa y nueva «Resurrección», el eterno poema del ansia de liberación del espiritu humano escrito en bronce.

Acaso porque en este vigoroso Resurrexit, *hermano del esclavo inmortal de Miguel Angel, que lucha en la agonia por desasirse de sus ligaduras, vemos nosotros el simbolo de nuestra juventud angustiada que en esta hora suprema forcejea por arrancar su alma del barro de la triste realidad.*

© Biblioteca Nacional de España

LOS POETAS

A D. Miguel de Unamuno en París.

No he de callar por mas que con el dedo,
ya tocando la boca o ya la frente,
silencio avises o amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

QUEVEDO

¡Maestro Don Miguel,
Maestro de la lección de Salamanca,
lección oral, lección sobre el papel,
en el aula querida o en la página blanca...!

¡Lección de silencioso pensamiento,
en el grato paseo, a paso lento,
del Tormes por la margen verde y fresca,
o en esa plateresca
plaza que eternizó el Renacimiento...

Maestro: a tu retiro,
lleve mi voz el viento,
mi voz que es homenaje y es suspiro...!

Homenaje a tu vida turbulenta,
que tiene el ronco hervor de la tormenta,
y a tu gesto colérico y huraño,
en contraste con esta maoilenta
calma egoista, con que se apacienta
de tristes realidades el rebaño...

Homenaje a tu vida y a tu credo,
que te libran del látigo implacable,
con que hirió D. Francisco de Quevedo
las espaldas del hombre miserable,
a quien le pone una mordaza el miedo.

Tú te has librado ya del justo azote,
pues mientras vital hálito en ti vibre,
no habrá mordaza que tu voz embote,
ni quien pueda torcer tu pluma libre.

Para poder morir como viviste,
pájaro que odia la dorada jaula,
y no cambia el azul por el alpiste,
sacrificaste lo que más quisiste,
tus alumnos, tu Aula...;
tu diario revolver en los archivos
y bibliotecas, codices enormes,
y tus graves paseos pensativos
por las doradas márgenes del Tormes.

Al irte, igual que a un calabozo, a Francia,
todo lo diste en donación suprema;
¡Numantino que en aras de Numancia
sus dioses y su ajuar, sus hijos quema!

Y la chusma del verso de Quevedo,
incapaz de imitarte, y que tampoco
te puede comprender, perdió su miedo
y habló para decir que estabas loco.

Homenaje es mi voz a tu serena
acción de educador, que te blasona
con un signo inmortal, y que en el Sena,
tras breve pausa, continuaste luego,
llevando Salamanca a la Sorbona
y explicando en francés cursos de Griego.

Y mi voz es suspiro y es lamento
por la orfandad de ti en que está la raza.
Ya no ennobleces con tu austera traza
de filósofo del Renacimiento,
la plateresca y majestuosa plaza
en que se daba tu lección al viento,

No oye el Tormes tu acento,
el Tormes que también vió ir a Fray Luis
a la ergástula de la Inquisición,
¡a seguir su lección,
como la sigues tú desde París!

JOSE DEL RIO SAINZ

Santander, 1925.

© Biblioteca Nacional de España

TRES CUENTOS JUDÍOS

M. Raymond Geiger, un escritor francés, ha recogido en dos tomos una colección de «cuentos judíos», extraordinariamente sugestivos e ingeniosos, y hasta con su pequeña filosofía muchos de ellos. Claro que los más tienen tanto de cristianos como de judíos, porque las brillantes cualidades de usura, sutileza y sórdido egoismo que en ellos se hacen resaltar como rasgos propíos de la raza judía, son hoy blasón de todo ese mundo mercantilista que se llama «civilizado». El mundo entero, judaizado, nada tiene que echar en cara al linaje semita que le sirvió de preceptor y de modelo.

En el libro de Geiger hay cientos de cuentos tan llenos de sal como los siguientes:

Albacea fiel.

Blum se encuentra a Weil.

—¡Buenos días, Weil! ¿Cómo te va

—Bien gracias. ¿Y tú?

—Bien, gracias. Pero, oye ¿que es éso? ¡Menudo brillante te has echado de alfiler de corbata! ¿Te ha tocado el premio gordo de la lotería?

—No.

—Entonces, lo has robado.

—¡Pero, hombre, Blum, estás loco! ¿Me crees capaz de semejante villania? Además, ya me hubiera descubierto y detenido la policia.

—¿Pues de donde diablos lo has sacado?

—Bueno, te lo diré, aunque no lo merezcas. ?Te acuerdas de Bloch, aquel tio mío, que murió hace unos quince días? Me nombro testamentario, pero sin dejarme ni un céntimo personalmente, encargándome que invirtiera toda su fortuna en comprar una piedra conmemorativa. ¿Y qué piedra conmemorativa mejor que este brillante?

Teología.

Levy se ha convertido al catolicismo. Uu viernes de cuaresma se ve sorprendido a la mesa por el cura que le ha bautizado, dándose traza de comer un pollo.

—¿Cómo, Levy, es esa manera de acatar los preceptos de nuestra santa madre Iglesia? ¡Comer descaradamente un pollo en día de vigilia!

—Perdone Vd., señor cura, no es pollo esto que estoy comiendo; es un besugo.

—¿Besugo? ¡Sí, buen besugo!

—¿Se acuerda Vd., señor cura, que el día que abjuré de mi maldita religión me dijo Su Paternidad: «Levy, hasta ahora has sido un desdichado judío; en adelante serás un fiel católico»? Pues bien, yo he cogido esta pobre avecilla y le he hablado del mismo modo, diciéndole: «Tú, que hasta aquí has sido pollo, de aqui en adelante serás besugo».

Amor conyugal.

Hirzel se lamenta con gritos desgarradores ante una tumba.

—¡Que desdicha para mí, Dios mío, que te hayas muerto! ¡oh, que desgracía tan grande!

—Uno que le oye se acerca a él y le pregunta, apiadado:

—¿Es su padre o su madre el sér a quíen Vd. llora?

—¡Ca, no señor! ¡Es el primer marido de mi mujer!

Nuestros suscritores nos facilitarán notablemente la labor administrativa enviandonos directamente, por giro postal, el importe de sus suscripciones.

Los giros al ADMINISTRADOR DE «EL ESTUDIANTE», Veracruz, 1.ª 26, izqda.

© Biblioteca Nacional de España

Necesaria rectificación. Los caciques del politiqueo estudiantil.

En máquina ya este número, nos creemos obligados a retirar el artículo de «Páramo». Nos enteramos, a última hora, de que la persona a quien en él se atacaba se halla imposibilitada para defenderse y no queríamos que en ello se viese una maniobra poco noble.

Perdonen nuestros lectores el gran blanco, que nos ha sido imposible evitar.

© Biblioteca Nacional de España

Dirije y representa a «EL ESTUDIANTE» en Madrid RAFAEL GIMENEZ SILES, Ateneo, (Prado 21.)

En Málaga es nuestro corresponsal

D. MIGEL GONZALEZ. Torrijos, 52.

Nuestro colaborador Loredo Aparicio dió en la Universidad de Oviedo una conferencia sobre el Derecho civil de la nueva Rusia. Por tan grave exceso, el gobernador impuso una multa de 250 pesetas al conferenciante. Y muy justamente. *¿Derecho* y *civil*, y además de *Rusia*, en una honesta Universidad española? ¿Donde tendrá la cabeza nuestro pobre colaborador?

Son pláticas de familia...

El Rector de la Universidad de Zaragoza (la ciudad invicta del heroismo) ha sido procesado por insultos a un oficial de la Guardia civil. Así lo han dicho los periódicos.

¡Pero, hombre, a qué extremos de exaltación llegan estas autoridades académicas en su ardor de defensa de los fueros universitarios!

—¡Cs, eso no merece la pena! Ha sido por entrar a oir la Salve de Fleta en la Basílica del Pilar...

Escena quimérica...

En «La Antorcha» mejicana, el hermoso periódico de juventud que fundó e inspira José Vasconcelos, leemos un curioso diálogo. Curioso por muchos conceptos. La primera curiosidad es que de las tres «dramatis personae» que aparecen dialogando, el papel del «revolucionario» lo representa un profesor de Universidad, y de Historia, por más señas. La segunda curiosidad, descubrimiento verdaderamente maravilloso, es que llega un momento en que «el revolucionario» «saca un tomo verde con el Escudo de la Universidad Nacional». Al ver lo cual, «el reaccionario... se santigua y se va».

Inútil es decir que esta escena en que un reaccionario huye despavorido ante un libro salido de la Universidad, no se desarrolla en España.

* * *

«Se han sacado a pública subasta los restos de «España» (la noticia se refiere, naturalmente, al acorazado).

© Biblioteca Nacional de España

GAVDEAMVS!

Mecenatus caritas...

En el movimiento de expectación y de sorpresa que ha despertado nuestro ESTUDIANTE, se habla mucho de los Mecenas y los protectores. La gente es así. Cuando se ve una chica guapa, lo castizo es indagar cuanto dinero tiene, quien es su papá, si es rica heredera, cómo anda de dote... Hablar de su carácter, de su bondad o de su belleza, eso es cursi y demodé. *La teoría que hoy «se lleva» es el materialismo histórico. Aunque claro que estas gentes de hoy no entienden mucho de «teorías».*

Lo mismo pasa con las empresas ideales. Lo que a la gente le importa saber es el fondo de dinero con que cuentan, para calcular por ello cuanto han de durar. Y enseguida sale la pregunta: «¿y quién paga eso?«, que suele traer aparejada la otra de «¿cuanto le dan a ese por escribir así?» En la vitalidad de un movimiento de entusiasmos, en eso no cree nadie. Ni hay nadie que crea que la pasión de lo ideal, acaso inasequible, o el sentimiento de rebeldía contra una realidad afrentosa, puedan ser estímulos constantes de una obra. No, no se conciben las aventuras sin dinero y sin camisas. Es la filosofía del ventero del Quijote, figura de cuquería y grosero egoísmo, harto más pancista que el pobre Sancho, idealista puro, a quien la gente y el propio Cervantes han echado el sambenito de la grosería materialista.

La imagen del ventero, gordo y marrullero, nos trae al hilo de nuestro Mecenas, uno de los Mecenas que las lenguas murmuradoras de las comadres de los cenáculos cuelgan como alforja del arzón de nuestro Pegaso.

A todo trance ha de haber «un señor que pague». Pues ¿cómo concebir un ESTUDIANTE salido de Salamanca sin la castiza cuchara en la montera para la sopa boba del convento? Y puestos a buscar, los murmuradores y desocupados nos han ido a colgar por Mecenas, que quieras que no, lo que más se parece por aquí al prior de un convento: a este Júpiter rústico de clínica (llamémosle «X») que maneja el «rayo» fulgurante, hombre por lo demás muy pacífico, como buen gordo, e incapaz de ponerse a mal con nadie; que lo mismo fustiga tribuniciamente a los latifundistas y señores y señoritos feudales de la tierra (el hombre es un apóstol agrario, un pequeño Henry George de la charrería) que se sienta a la mesa, en santo amor y compaña, con los terratenientes a quienes zurró por la mañana en «El Adelanto» o en «El Socialista». Vamos, lo que se llama un hombre simpático.

Hemos sido, pues, afortunados en el Mecenas plebiscitario, que el «contrato social» nos adjudica. Además, hombres como éste son de los que saben colocar bien sus dineros (¡previsión social!) y eso quiere decir que nuestra empresa ofrece perspectivas económicas no despreciables. Y nosotros, que jamás pensamos en enriquecernos, que todos los días pedimos a Dios de rodillas que nos libre de tan gran desgracia, ya vamos temiendo que acabaremos por aprender el camino de perdición del Banco.

¡Vítor, impensado y no buscado Mecenas que nos echa encima el «Gran Galeoto»! En esta clásica canción estudiantil, la «Internacional» de los estudiantes, que empieza con el fatídico «Gaudeamus», hay también una vibrante estrofa para los generosos protectores de la juventud:

...Mecenatus caritas
qui nos hic protegit.

Y la estrofa viene en muy buena compañía, dentro del himno, porque viene detrás de otra en que se canta la dignidad académica de los Rectores y su defensa enardecida de los fueros universitarios. Y hasta hay, en este canto de juventud y de optimismo, su miajita de laude para nostra civitas, *para la ciudad amable que nos ampara y protege.*

¿Qué mejor compañía para nuestro involuntario y teórico Mecenas? ¡El Rector... la Ciudad... el Apóstol agrario del «rayo» (llamémosle «X»)! ¡Triada estupenda, que parece un tríptico de Zuloaga! En el copete las torres de la Clerecía y en su veleta el emblema rojo y triunfal de EL ESTUDIANTE. ¿No es todo un poema? ¡Vítor, humoristas, amigos parleros de los cenáculos de Madrid!

Venid y vamos todos con ciencias a Coimbra...

¿Quién no ha de tener algún trasto viejo que exponer en esa almoneda de ropavejería de nuestros "sabios„ oficiales? Nosotros no hemos ido porque estamos allí bien representados. Hemos mandado a dos eximias figuras del "progreso de las ciencias„, que dejarán bien puesto nuestro pabellón: el catedrático de Tomismo señor Sánchez Mata y el de Griego (¿sabían ustedes que era de Griego?) señor Esperabé, a quien vulgarmente se conoce con el nombre de "el Rector„. Ambos llevan temas magníficos. El del señor tomista reza así: "Cinco duros a quien encuentre en algún archivo la escritura del apócrifo "Contrato social„ del impostor Rousseau„. El del helenista versa sobre "una nueva lectura de la dedicatoria griega a los Reyes Católicos en la fachada de nuestra Universidad, propuesta por EL ESTUDIANTE: «Soy propiamente lo mismo—que la casa de Astrarena—que tiene mucha fachada—pero poquita vivienda».

Imp. de Francisco González, Prior, 16.-Salamanca

© Biblioteca Nacional de España

Guía profesional

MEDICOS

DOCTOR CASTAÑO.—Médico dentista. Quintana, 5 y 7.

DOCTOR SANDOVAL.—Médico, Rayos X. Plaza de los Bandos, 1.

DOCTOR J. MONTERO.—Riñones y vías urinarias. Corrales, 10, 2.°

DOCTOR PRIMO CARRIDO.—Catedrático de la Facultad de Medicina. Sánchez Ruano, 23.

DR. JULIO PEREZ MARTIN.—Ginecología. Ramos del Manzano (Cuatro calles).

DR. FLORINDO CONDE.—Médico. San Justo, 10.

DOCTOR PABLO UNAMUNO.—Médico dentista. Perez Pujol, 9.

DR. LUIS INFANTE.—Garganta, nariz y oídos. Doctor Riesco, 58.

DR. ANTONIO TRIAS.—Catedrático de la Facultad. Cirugía. Rúa, 35.

DOCTOR BECERRO BENITO.—Auxiliar de la Facultad. Paseo de Zamalejas 7

Doctor ADOLFO NUÑEZ.—Profesor de la Facultad. Cirugia general. Doctor Riesco, 36.

DOCTORES J. y E. SANCHEZ SALCEDO.—Medicina interna. Rayos X. Laboratorio de análisis clinicos. Plaza de la Libertad, .

OCTOR CAÑIZO GARCIA.—Medicina general. Catedrático de la Facultad. consulta de once a una. Avenida de Mirat, 31.

DOCTOR CORTES.—Piel, venéreas y sifilíticas. Consulta de once a una y de cinco a siete. Catedrático de la Facultad. Sol Oriente, 9.

DOCTOR GAITE VELOSO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Plaza San Juau de Sahagún.

DR. DIEZ RODRIGUEZ.—Cirugia. Profesor del Hospital. Meléndez, 36.

DOCTOR GOMEZ DIEZ.—Oculista. Doctor Riesco, 38.

DOCTOR FIRMAT.—Enfermedades de la infancia. Consulta de doce a dos. Plaza Mayor, 35, segundo.

DOCTOR POBLACION.—Ginecologia. Catedrático de la Facultad. Azafranal.

DR. PRIETO CARRASCO.—Medicina general. Auxiliar de la Facultad. Consulta de once a una. Jesús, 3.

DOCTOR VICENTE TAPIA.—Auxiliar de la Facultad. Análisis clínicos. Consulta de once a una. Sánchez Ruano, 27.

DR. ANTONIO DOMINGUEZ.—Enfermedades de garganta, nariz y oidos. Doctor Riesco, 38, principal.

DR. FILIBERTO VILLALOBOS.—Rayos X. Plaza de la Libertad.

DR. JOSÉ MÉNDEZ PÉREZ.—Del Hospital de San Juan de Dios. Piel y sifiliticas. Mercado, 54.

DR. SERAFIN GIL.—Médico-dentista. Dr. Riesco, 12 y 14.

MATIAS LUDEÑA.—Especialista en enfermedades de la boca y prótesis dentaria. Plaza Mayor, 10.

Señores Abogados en el ejercicio de su profesión.

D. JOSE GARCIA REVILLO.—Catedrático de la Facultad. Plaza San Julián, 21.

D. FLORENCIO MARCOS MARTIN.—García Barrado, A.

D. TOMAS MARCOS ESCRIBANO.—Consuelo, 18.

D. RAFAEL CUESTA GONZALEZ.—San Julián, 28.

D. FERNANDO ISCAR PEYRA.—Corral de Villaverde.

D. FRANCISCO RUIPEREZ CRISTOBAL.—Peñaranda.

D. MANUEL REYMUNDO TORNERO.—Bajada San Julián, 2.

D. CARLOS GUTIERREZ CEBALLOS. -Sánchez Barbero, 19.

D. ENRIQUE RODRIGUEZ MATA.—Catedrático de la Universidad. Doctor Riesco, 66.

D. JOSE CIMAS LEAL.—Azafranal. número, 27.

Señores Procuradores

D. BLAS SANTOS FRANCO.—Azafranal, 5.

D. EDUARDO JARRIN GARCIA.—Ronda de Cór.s , 43.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España